

**LA
SOCIEDAD
IMPACIENTE**

Eugenio Tironi

CHILE ANTE EL RECAMBIO POLÍTICO
Y LA NUEVA CONSTITUCIÓN

Ariel

1. La osadía

El 11 de marzo de 2022, Gabriel Boric Font, de treinta y seis años, agnóstico, soltero, asumió oficialmente el cargo de presidente de Chile. Proviene de Magallanes, un paisaje duro, azotado por el viento y el frío, con un horizonte interminable y poblado de gente venida a probar suerte desde todos los confines del planeta. Esto otorga a quienes vienen de allá un talante libertario antes que totalitario, cosmopolita antes que nacionalista.

Al nuevo presidente le correspondió ponerse a la cabeza de un país que arrastra una impaciencia acumulada. Las revueltas y elecciones de los años recientes han develado nuevas urgencias, miedos e identidades, así como un estado de ánimo extremadamente volátil. Años breves, cruzados por una pandemia que azotó a Chile con especial virulencia, en los que han irrumpido tendencias sociológicas novedosas y otras de más largo aliento, que desembocaron en un inédito y accidentado proceso constituyente y en la elección del mandatario más joven de la historia chilena.

UNA EROSIÓN PROLONGADA

Las masivas manifestaciones que siguieron a la quema de estaciones del metro de Santiago el 18 de octubre de 2019, y las asonadas que estallaron en todas las ciudades del país, dejaron en evidencia que Chile no era el “oasis” del que se jactaba el presidente Sebastián Piñera solo días antes frente a la prensa extranjera.

Entre los diversos malestares y aspiraciones que salieron a la luz por esas fechas, hubo uno que llamó la atención: que el derrocamiento del presidente Salvador Allende, del cual se cumplen ya cincuenta años, era una herida no del todo reparada, que seguía siendo fuente de un sordo resentimiento. Aparte de lo

más horrendo, como fue la violación masiva y sistemática de los derechos humanos, a dicho acontecimiento se le asocia el fin de un tipo de sociedad que se rememora con nostalgia, en especial por los jóvenes, para quienes el vacío que ello dejó sigue siendo una herida abierta. Aunque no vivieron esos tiempos, se vieron expuestos a los traumas experimentados por sus padres y abuelos, tanto por los efectos del golpe militar y la dictadura como por el obligado proceso de adaptación a un orden económico enteramente nuevo al que se vieron sometidos. Esto ha engendrado en ellos una mirada aún más crítica de la dictadura que la de sus mayores, y más idealizada del período anterior a ella¹.

Tras el golpe militar de 1973, como es sabido, Chile pasó desde un “modelo europeo”, con un capitalismo volcado hacia dentro, donde el Estado, los partidos políticos, los gremios y los sindicatos ocupaban un relevante rol de articulación, a un “modelo estadounidense”, con un capitalismo volcado hacia fuera y basado en el mercado, la empresa privada friedmaniana y el esfuerzo individual². Este quiebre, hay que decirlo, tuvo una dimensión planetaria luego de que colapsara el contrapeso de la URSS y el comunismo. Sin embargo, durante la dictadura, en Chile alcanzó una pureza de laboratorio. Con excepción de las decisiones tocantes a los más pobres, la gestión de los logros y fatalidades de la vida quedó entregada a las capacidades de cada individuo en el mercado, mientras que el Estado se enfocó en dar soporte a los más vulnerables, promover la inversión y el crecimiento económico y regular suavemente, y con poca fiscalización, a la empresa privada.

La Concertación de Partidos por la Democracia, que gobernó Chile entre 1990 y 2010, introdujo reformas a ese modelo, a pesar de la resistencia de la derecha y el miedo del empresariado.

1. Julia Klassmann, “Postmemory and multigenerational transmission of trauma: second and third generations of Brazil’s civil-military dictatorship’s political victims”, *Academia Letters*, julio de 2021. <https://bit.ly/3uZGp8b>
2. Eugenio Tironi, *Crónica de viaje. Chile y la ruta de la felicidad* (El Mercurio – Aguilar, 2006).

Digamos que lo “europeizaron”, pero no modificaron sus fundamentos, en parte por los candados de la constitución vigente en ese entonces —y hasta hoy— y en parte por decisión propia. Como sea, la fórmula funcionó, según lo prueba el masivo respaldo que la ciudadanía le entregó a la coalición política formada por la Democracia Cristiana y los partidos socialdemócratas durante sus dos décadas a la cabeza de la administración del Estado. Su éxito descansó en un ingrediente fundamental: el crecimiento económico, que permitió a la población dar un salto gigantesco en sus condiciones de vida y en sus expectativas de progreso, en los marcos de una sociedad capitalista.

Entre tanto, el tipo de modernización adoptado fue erosionando gradualmente aquellas instituciones que, junto al Estado, se han encargado tradicionalmente de hacer sentir a la población que es parte de una comunidad a la que se accede por derecho propio³. Los núcleos familiares con ambos padres se volvieron más escasos, así como la disposición de los hijos a hacerse cargo de sus progenitores ancianos. El sentimiento religioso se contrajo y la Iglesia católica, como institución integradora, se desfondó por los abusos de índole sexual. Los partidos políticos se volvieron maquinarias electorales y los sindicatos siguieron languideciendo. Las ideas de república y nación fueron cuestionadas por la emergencia de los pueblos originarios. El único mecanismo de protección y coordinación que siguió en pie, a pesar de recurrentes escándalos de colusión y financiamiento irregular de la política, fue el mercado. Para crear cohesión social, sin embargo, este necesitaba del elixir del crecimiento, a falta del cual sobrevienen la frustración y la angustia, que son multiplicadas por las redes sociales.

Ahora bien, desde la crisis mundial de 2008, el crecimiento económico en Chile se volvió esquivo. En las presidenciales de 2010, una natural impaciencia llevó a los electores a dar la espalda

3. Eugenio Tironi, *El sueño chileno. Comunidad, familia y nación en el Bicentenario* (Taurus, 2005).

a la coalición que había conducido al país desde la recuperación de la democracia y volcarse hacia quien —pensaron— podría poner nuevamente en marcha la economía: el exitoso empresario Sebastián Piñera. Estas expectativas no fueron satisfechas, al menos no al ritmo que la población esperaba, y el desasosiego resurgió. La ciudadanía salió a las calles en 2011 a sumarse a la protesta de los estudiantes universitarios, que demandaban mejor educación y el fin de “el modelo”. La expresidenta Michelle Bachelet hizo suyas estas banderas y, respaldada por una votación abrumadora, regresó a La Moneda, apoyada por la Concertación más el Partido Comunista. Pero su ímpetu reformista no logró revertir el estancamiento económico y, para peor, el tipo de cambios impulsado, en especial en educación, llevó a que la clase media sintiera su estatus amenazado⁴. La inquietud volvió a hacerse presente y llevó al electorado a desear el regreso de Piñera, quien volvió a triunfar en 2017.

Rápidamente, sin embargo —aún más que en los ciclos anteriores—, la gente sintió que las cosas seguían igual o peor, e irrumpió la protesta, esta vez más masiva, radical y violenta. Fue así como se llegó a la noche del 18 de octubre de 2019, cuando la quema de diversas estaciones del metro de Santiago desató una ola de protestas y saqueos sin parangón, dejando numerosos muertos, cientos de heridos y miles de detenidos. Lo que revelaron estos sucesos fue una prolongada y no asumida erosión de la gobernabilidad democrática, que iba más allá del gobierno de turno.

ARDIENTE IMPACIENCIA

En los días posteriores al llamado “estallido” del 18-O, batallaron por imponerse diversas interpretaciones respecto de lo ocurrido. Para algunos, ello se explicaría por la acción de grupos anarquistas

4. Eugenio Tironi, *¿Por qué no me creen? De “en la medida de lo posible” a la “retroexcavadora”* (Uqbar, 2016). También *La lección* (El Mercurio – Aguilar, 2015).

y ultraizquierdistas apoyados por agentes extranjeros. Otras voces destacaron el papel que en el malestar ciudadano desempeñaban o habían desempeñado las redes sociales, la TV, la corrupción, el ensimismamiento de los políticos, la pobreza, el bajo crecimiento económico, el quiebre generacional y la desigualdad. De todo eso hubo un poco, no hay duda, pero ninguno de tales factores explicaba por sí solo lo que había ocurrido. Bien o mal, la sociedad chilena había logrado convivir con todo ello por largo tiempo sin que se produjera una disrupción de esa envergadura.

El recientemente fallecido filósofo y sociólogo Bruno Latour y su escuela ocupan un concepto que podría dar luces al proceso del que derivó el “estallido” y lo que vino después. Ellos hablan de *desborde* para referirse al tipo de eventos que se desatan cuando artefactos creados por la acción humana, que estaban bajo el control de los expertos y se desenvolvían automáticamente al punto de asumirse como naturales, imprevistamente se salen de su cauce y asumen vida propia bajo formas que no tienen precedentes, lo que desata la alarma y la incertidumbre⁵. El conocimiento disponible sobre tales situaciones, así como no puede prevenir ni anticipar su emergencia, es impotente para pronosticar su evolución, pues no conoce sus causas, ni sus efectos, ni su duración, ni sus remedios.

En Chile se sabía que, en el caso de millones de familias, el dinero no alcanzaba para llegar a fin de mes; que el nivel de desigualdad se volvía cada vez más irritante, pues chocaba con el discurso meritocrático; que en el país cundía la angustia y el “sofocamiento”, al no tener la gente control sobre su propia vida en una sociedad donde todo estaba regulado por los automatismos del mercado y donde las autoridades se refugiaban en explicaciones técnicas, recomendaciones frívolas o bromas ingeniosas⁶;

5. Para mayor detalle, véase *El desborde. Vislumbres y aprendizajes del 18-O* (Planeta, 2020), libro donde ahondo en lo ocurrido el 18 de octubre de 2019.
6. La noción de *sofocamiento* viene de Danilo Martuccelli, “El largo octubre chileno. Bitácora sociológica”. En Kathya Araujo (ed.), *Hilos tensados. Para leer el octubre chileno* (Usach, 2a ed., 2019), pp. 369-476. <https://bit.ly/37WfWv2>. Véase también Eugenio Tironi, *El desborde*, citado.

que se acumulaba la rabia ante una oligarquía política que vivía en otro mundo y se refocilaba en sus cálculos electorales; que se apilaban el desencanto y la frustración al sentir que se había hecho lo exigido, con familias invirtiendo fuertes sumas en su propia educación, pero donde las promesas o ilusiones de logro no se cumplían.

Todo esto, como decíamos, venía desde antes, pero la población lo soportó. Entonces, ¿qué hizo que la paciencia se agotara provocando el “estallido” de octubre de 2019?

Es probable que influyera un factor emocional: la irritación creciente ante un gobierno —el de Piñera— que hizo promesas desmedidas, las cuales obviamente no se cumplieron, en materia de crecimiento, empleo y delincuencia, con un estilo oligárquico cada vez menos tolerable para una población culturalmente más igualitarista. Fue, con toda seguridad, la gota que colmó el vaso de la paciencia.

Influyó, además, críticamente, un factor destacado por el economista Claudio Sapelli, quien señala haber aislado aquello que fue “la chispa” del estallido: el deterioro repentino de la situación de los jóvenes en el mercado laboral⁷. Todas las cohortes nacidas desde 1970 en adelante habían obtenido ingresos superiores a los de sus predecesores a la misma edad. Esto fue declinando desde 2008, pero el punto de quiebre se produjo con los nacidos en 1989, los cuales obtuvieron ingresos un catorce por ciento más bajos que los de la generación anterior. Este quiebre se produjo en 2019, el año del estallido, el cual tuvo como protagonista precisamente a ese grupo etario.

La suma de un gobierno elitista que no cumple con lo que se espera y una recompensa material y simbólica que “no acaba de llegar” fue la fórmula perfecta para una ardiente impaciencia.

7. Claudio Sapelli, “La chispa: el retorno privado de la educación superior”, *El Mercurio*, 10 de marzo de 2022. Reproducido en José Joaquín Brunner, *Documentos de interés*, 12 de marzo de 2022. <https://bit.ly/3uCrj8x>

CONVERGENCIAS PLANETARIAS

Los sucesos de octubre de 2019 no respondieron, sin embargo, a factores exclusivamente endógenos. También se alimentaron y formaron parte de corrientes globales de reciente aparición, frente a las cuales no hay mecanismo alguno de defensa de la soberanía.

La era inaugurada en 1989, la del hipercapitalismo, justificó la desigualdad con la promesa meritocrática: si se invertía en educación y se hacía el esfuerzo necesario, todos podrían llegar a la cima y la desigualdad comenzaría a ceder. Tal promesa no se ha cumplido, o se ha cumplido solo en forma parcial. En una economía basada en el conocimiento, la concentración y la desigualdad no han dejado de aumentar, lo cual se ha vuelto cada vez más incompatible con la idea igualitarista que está en la base de la democracia. De ahí que cundan la impaciencia, el malestar y la protesta, todas señales de una era que se agota.

A lo anterior es necesario agregar otro hecho capital: hoy se sabe a ciencia cierta que el planeta simplemente no resiste seguir amplificando el tipo de desarrollo y las formas de vida que en la actualidad se identifican con el progreso. Como subrayara Latour, si la meta es hacerlo accesible a todos sus habitantes, se necesitarían 5,2 planetas. Por lo mismo, o bien se inaugura una nueva era del desarrollo humano o lo que se enfrenta es derechamente la extinción.

Por otra parte, el movimiento #MeToo revitalizó en el mundo entero las demandas feministas en cuanto a poner fin al orden patriarcal. En Chile su llamado desató movilizaciones de inesperada amplitud y masividad.

Tales son los dilemas que movilizan a las nuevas generaciones. No buscan simplemente superar el “modelo económico neoliberal”, o reformar el sistema político para avanzar a una democracia más participativa. Aspiran a mucho más. Se proponen instalar un nuevo paradigma de convivencia, lo cual abarca el vínculo con la naturaleza y otras especies, la relación entre géneros, la

idea de “nación”, la ligazón entre pueblos, regiones y territorios, la arquitectura de poder y participación, y así por delante.

En suma, en el “estallido” o “desborde” convergió una miríada de corrientes culturales de alcance planetario, que han marcado a fuego lo que vino después: entre otras cosas, la composición y agenda de la Convención Constitucional y la irrupción del fenómeno Boric.

EL VALOR DE UN ACUERDO

No se sabe quién fue el autor, o si, como muchas obras geniales, fue una gesta colectiva: lo cierto es que el “Acuerdo por la Paz y por una Nueva Constitución”, firmado por los partidos políticos el 15 de noviembre de 2019 para destrabar la crisis abierta con el “estallido” de octubre, quedará en los anales de la creatividad política. Se lo alcanzó tras más de quince horas de negociación en la sede del ex Congreso Nacional en Santiago, mientras el país literalmente se incendiaba, y fue firmado por parlamentarios oficialistas y de oposición, con la venia del Ejecutivo. Se restaron el Partido Comunista y gran parte del Frente Amplio (FA), incluyendo Convergencia Social, el partido de Gabriel Boric. Sin embargo, en un acto de osadía, el entonces diputado decidió ser un gestor activo del acuerdo y firmarlo a título personal, en contra de la posición de sus propios adherentes. Sin las agallas que mostró en esas horas críticas, Boric no habría llegado a la presidencia de la república —al menos no por ahora—.

La idea de abrir un proceso constituyente, con referéndum “de entrada” y “de salida”, fue un mecanismo que, a pesar de su improvisación y fragilidad, parecía el único capaz de canalizar una situación fuera de control y que ponía en serio riesgo la continuidad democrática. Con un Ejecutivo colapsado y un Congreso hondamente desacreditado, no había otra plataforma para encarar lo que estaba en la base del desborde: la crisis de la narrativa, de las normas y de las instituciones que fijan un marco común de derechos y deberes, dando legitimidad al uso de la fuerza policial para defender el orden público.

Como consecuencia de ese acuerdo, el 25 de octubre de 2020, con pandemia mediante, se realizó el plebiscito que ratificó el inicio del proceso de construcción democrática de la nueva Carta Fundamental. La opción “Apruebo” obtuvo el 78,28% de los votos, y triunfó además el mecanismo de Convención Constitucional, que excluía la participación de los parlamentarios en la confección del nuevo texto constitucional. Con esto zanjado, el 15 y 16 de mayo de 2021 vendría la elección de las y los constituyentes encargados de redactar una nueva constitución. Esto se hizo bajo reglas electorales inéditas, que contemplaron paridad de género de los constituyentes que serían elegidos, escaños reservados para pueblos originarios y listas de independientes.

El estallido, así como el plebiscito, habían sido elocuentes en revelar que la impaciencia se traducía en un ansia de cambio, de un lado, y un rechazo a los núcleos políticos tradicionales, del otro.

La elección de convencionales en mayo no hizo más que confirmar estas tendencias. Relegó a posiciones periféricas a los representantes de los partidos políticos —especialmente a los identificados con la derecha y la Concertación—, y dio un lugar dominante a convencionales cuya intención era poner en la escena institucional la agenda que se expresó en las calles el 18-O, en su mayor parte activistas identificados con causas y demandas de territorios específicos. La Convención terminó así con una composición inesperada, pero que en términos sociodemográficos se acercaba bastante a la fisonomía del Chile actual.

Todas las opiniones coinciden en una cosa: que el destino de Boric se jugó en su decisión de involucrarse de lleno en las negociaciones y de poner su rúbrica en el acuerdo que abrió paso al proceso constitucional. Lo hizo contra la posición de su propio partido, que intentó penalizarlo por su trasgresión. Soportó estoicamente los insultos, injurias y “funas” de sus propios adherentes. Rompió con antiguos compañeros de ruta, como el alcalde de Valparaíso Jorge Sharp. Insistió, a pesar de la crítica mordaz del Partido Comunista. La lucidez y el coraje

que mostró en esas horas críticas lo sacaron del rebaño de los diputados de la nueva izquierda y lo catapultaron a la condición de líder político de envergadura nacional.

“NO LE TENGAN MIEDO A LA JUVENTUD”

A pesar de las desavenencias, el Frente Amplio optó por hacer un pacto con el Partido Comunista para encarar el proceso político que se abría y las elecciones venideras: así nació Apruebo Dignidad, al que se sumaron otras fuerzas menores. El 18 de julio de 2021 se realizaron las primarias presidenciales al interior de este pacto. Competieron el candidato del Partido Comunista, el popular alcalde Daniel Jadue, y el del Frente Amplio, el diputado Gabriel Boric, quien tuvo que asumir esta responsabilidad ante la imposibilidad de encontrar una alternativa. La candidatura de este último estuvo en vilo hasta el último minuto, pues su partido no estaba inscrito y hubo que reunir las firmas para su inscripción ante el Servicio Electoral en tiempo récord. Las opiniones coincidían en que, para el edil comunista, la primaria no significaría reto alguno: era el mejor candidato que había tenido el PC en su más que centenaria historia.

El Frente Amplio había nacido hacía menos de diez años. En sus filas confluían las grandes corrientes político-culturales de la época actual: el ecologismo, el feminismo, la diversidad sexual y, al menos retóricamente, el indigenismo. Esto generó la identificación (y el entusiasmo) de los jóvenes, permitiéndole a esa colectividad romper con las fronteras sociales e ideológicas tradicionales. Y, a diferencia de la nueva izquierda de los años sesenta del siglo pasado, el FA nunca mostró complejos para incorporarse a la vida institucional, y es así como, en pocos años, logró conquistar posiciones clave en el Congreso Nacional y en los municipios.

En cuanto a Gabriel Boric, era reconocido como líder de esa izquierda emergente por su participación en las protestas de 2011 como dirigente de la Escuela de Derecho y de la Federación de

Estudiantes de la Universidad de Chile. Compartía este lugar con el diputado Giorgio Jackson, otro dirigente universitario (en su caso, de la Universidad Católica) que había sido el forjador de Revolución Democrática, por entonces el partido más grande del Frente Amplio.

Como se indicó antes, el protagonismo que alcanzó Boric en la confección del acuerdo del 15 de noviembre de 2019 —con el respaldo incondicional de Jackson y su partido— fue el factor que lo levantó nacionalmente como una figura responsable, con ambición de poder e incuestionable vocación democrática. Su conducta en esta coyuntura crucial le permitió a la vez desmarcarse claramente del Partido Comunista, el que se negó a firmar el acuerdo que suscribieron Boric y parte del FA. Su intención, como lo admitieron esos días algunos de sus voceros, era agudizar la tensión, desestabilizar el gobierno de Piñera y, eventualmente, el sistema.

Fue esa trayectoria personal lo que abrió el paso a la irrupción del fenómeno Boric; un candidato joven que, contra todos los pronósticos, triunfó sobre el alcalde Jadue en una primaria que a ojos de todos —incluyendo a sus propios partidarios— estaba destinada únicamente a posicionarlo de cara a contiendas futuras y a dotar de más legitimidad al candidato comunista.

“No le tengan miedo a la juventud”. La frase de Gabriel Boric sintetizó la jornada en que, con su victoria, se cerró la primaria de la izquierda. Ese mismo día, en la otra vereda, la de la derecha, otro joven, Sebastián Sichel, derrotaba a Joaquín Lavín, quien intentaba por tercera vez llegar a La Moneda. La primaria había revelado que ambos, Jadue y Lavín, eran personajes de otra época. El cambio en Chile venía de la mano de un recambio generacional.

La derrota de Jadue, de otra parte, reveló los límites de la estrategia política seguida hasta entonces por el PC. Tener un pie dentro y otro fuera de la vida institucional le había permitido alcanzar una influencia que superaba con creces su peso electoral,

pero con ella difícilmente podría alcanzar una mayoría electoral, pues produce un agudo temor en el votante moderado. Se probó en la primaria, cuando le pasó por encima una fuerza joven, el FA, que nunca ha tenido crisis existenciales respecto de poner sus dos pies en las instituciones democráticas para materializar su vocación de poder, lo que le permitió ganar la confianza de dichas instancias.

Pero el PC parece haber aprendido la lección. A pesar de no firmar el acuerdo entre las fuerzas políticas del 15 de noviembre de 2019 que abrió las puertas al proceso constituyente, y a pesar de haberlo desafiado llamando a la movilización popular para “rodear la Convención”, al final participó disciplinadamente en esta, aceptando las reglas del juego, aunque haya sido a regañadientes. Con posterioridad se sumó a los firmantes del compromiso del 12 de diciembre de 2022, destinado a dar continuidad a este proceso luego de que en el plebiscito de salida, el 4-S, fuera rechazada la propuesta de la Convención. Si a esto se suma su leal respaldo al presidente Boric, lo que se vislumbra es un PC que comienza a mirar con ilusión a La Moneda, para lo cual tiene candidatos formidables.

LOS MENSAJES DE NOVIEMBRE

Luego de haber superado con éxito la primaria, Boric se enfrentó a la primera vuelta presidencial, que se realizó el 21 de noviembre de 2021. La gran sorpresa vino de José Antonio Kast, el candidato del Partido Republicano (extrema derecha), quien obtuvo un 27,91% de los votos, contra un Gabriel Boric que alcanzó un 25,83%. La derecha y la centroizquierda tradicionales, con Sebastián Sichel y Yasna Provoste, quedaron mucho más abajo, siendo superadas por el candidato populista Franco Parisi.

Si se mira en perspectiva, en la primera vuelta de noviembre la ciudadanía mostró nuevamente su impaciencia ante el mundo

político, al que le envió ciertos mensajes que no han perdido vigencia⁸:

“La mera continuidad nos tiene hartos; no tenemos miedo de probar algo nuevo”. Las cifras fueron elocuentes. Sumadas, las candidaturas presidenciales de los partidos que, desde el gobierno o la oposición, guiaron el rumbo del país desde 1990 consiguieron apenas 1,7 millones de votos, contra los cinco millones que alcanzaban en 2013. Las fuerzas nuevas, como el Partido Republicano (extrema derecha), el Frente Amplio (nueva izquierda) y el Partido de la Gente (populista), obtuvieron en tiempo récord una votación tal que les dio las primeras mayorías en la presidencial y una presencia relevante en el Congreso. De hecho, tanto Boric como Kast, en sentidos opuestos, encarnaban agendas de cambio igualmente ambiciosas.

“No le vamos a entregar a nadie la confianza para usar el poder estatal a su antojo. Quien lo intente —para decirlo en términos ajedrecísticos— se arriesga a un mate ahogado”. A la Convención Constitucional, dominada por la izquierda, el electorado le puso al frente un Congreso con una poderosa representación de la derecha; al nuevo presidente, el que fuere, le opuso un parlamento virtualmente empatado. Es un *check and balance* natural que modera las aspiraciones refundacionales, quita capacidad de intervención al gobierno y preserva la soberanía de los ciudadanos sobre su propia vida.

“¡Despierten!, no hay un país, sino muchos”. Fue otro mensaje. Los resultados de noviembre revelaron un fenómeno, si no nuevo, al menos muy acentuado: la regionalización del voto. De pronto nos encontramos con que había un sur rural de Kast, un centro urbano de Boric y un norte de Franco Parisi, el candidato populista que, sin pisar Chile —reside en Estados Unidos— y a través de una campaña por redes sociales, obtuvo el tercer lugar en la primera vuelta. Pero esto no es todo: los mayores y

8. Extraídos de mi columna de *El Mercurio*, 7 de diciembre de 2021, “Seis mensajes y una advertencia”, reproducida en <https://acspm.cl>

los hombres se inclinaron por Kast, mientras los jóvenes y las mujeres lo hicieron por Boric. Esta segmentación se atemperó en la segunda vuelta y prácticamente se borró en el plebiscito de salida, donde los abrumadores números a favor del Apruebo mostraron que esta alternativa trascendió largamente la división izquierda/derecha o progresistas/conservadores. Con todo, hay que prestar atención al tipo de segmentación que emergió en las elecciones de 2021, bastante similar a la que se observa en otras latitudes.

“Ojo, despiáense: ya no estamos en mayo de 2021, y aún menos en octubre de 2019”. Este fue un nuevo mensaje. En las postrimerías de 2021, en efecto, el ánimo de la población era muy diferente al que prevalecía cuando se eligió a los convencionales, aún bajo la atmósfera revolucionaria que siguió a los acontecimientos de octubre de 2019. Había vivido la incertidumbre de la pandemia de covid-19; veía que peligraban sus logros; temía a la delincuencia, a la violencia, al desorden, a la inmigración descontrolada; le acosaba la dictadura viscosa de lo políticamente correcto que dominaba la Convención, que removía certezas tan fundamentales como las nociones de patria, de familia, de género. En circunstancias como estas, en que todo se vuelve más frágil, las prioridades cambian: lo que importa ya no es tanto el futuro, sino el presente; no lo que merezco alcanzar, sino lo que quiero proteger; no las palabras, sino los hechos; no los programas, sino una figura de autoridad; no una identidad por explorar, sino un lugar al que pertenecer. Esto fue lo que llevó a muchos electores a buscar refugio en Kast y en la derecha conservadora, que ganaron en toda la línea: votos, poder parlamentario (su partido obtuvo nueve escaños en la Cámara de Diputados) e ideas; esto fue —como veremos luego— lo que, en su mayoría, los constituyentes fueron incapaces de apreciar, encandilados como estaban por los destellos de octubre.